



EL RÍO



WADE
DAVIS

BC

Biblioteca
Básica DE
Cultura
Colombiana

▪ antropología ▪



EL RÍO

WADE
DAVIS

BC
-antropología-

Catalogación en la publicación – Biblioteca Nacional de Colombia

Davis, Wade, 1953-, autor

El río : exploraciones y descubrimientos en la selva amazónica / Wade Davis ; traducción de Nicolás Suescún ; presentación, Claudia Steiner. – Bogotá : Ministerio de Cultura : Biblioteca Nacional de Colombia, 2017.

1 recurso en línea : archivo de texto PDF (974 páginas). – (Biblioteca Básica de Cultura Colombiana. Antropología / Biblioteca Nacional de Colombia)

Incluye índice alfabético.

ISBN 978-958-5419-77-3

1. Schultes, Richard Evans, 1915-2001 - Viaje - Amazonas (Región) - Relatos personales 2. Plowman, Timothy – Viaje - Amazonas (Región) - Relatos personales 3. Etnobotánica - Amazonas (Región) 4. Indígenas del Amazonas - Vida social y costumbres 5. Amazonas (Región) - Descubrimiento y exploraciones 6. Libro digital I. Suescún, Nicolás, 1937-2017, traductor II. Steiner, Claudia, autor de introducción III. Título IV. Serie

CDD: 581.63098616 ed. 23

CO-BoBN– a1018208

Mariana Garcés Córdoba

MINISTRA DE CULTURA

Zulia Mena García

VICEMINISTRA DE CULTURA

Enzo Rafael Ariza Ayala

SECRETARIO GENERAL

Consuelo Gaitán

DIRECTORA DE LA BIBLIOTECA NACIONAL



Javier Beltrán

COORDINADOR GENERAL

Isabel Pradilla

GESTORA EDITORIAL

Jesús Goyeneche

ASISTENTE EDITORIAL Y DE INVESTIGACIÓN

José Antonio Carbonell

Mario Jursich

Julio Paredes

COMITÉ EDITORIAL

Taller de Edición • Rocca®

REVISIÓN Y CORRECCIÓN DE TEXTOS,
DISEÑO EDITORIAL Y DIAGRAMACIÓN

eLibros

CONVERSIÓN DIGITAL

PixelClub S. A. S.

ADAPTACIÓN DIGITAL HTML

Adán Farías

CONCEPTO Y DISEÑO GRÁFICO

Con el apoyo de:

BiblioAmigos

ISBN: 978-958-5419-77-3

Bogotá D. C., diciembre de 2017

© Wade Davis

© 2017, Editorial Planeta Colombiana, S. A.

© 2017, De esta edición: Ministerio de Cultura –
Biblioteca Nacional de Colombia

© Presentación: Claudia Steiner

© Traducción: Nicolás Suescún

Material digital de acceso y descarga gratuitos con fines didácticos y culturales, principalmente dirigido a los usuarios de la Red Nacional de Bibliotecas Públicas de Colombia. Esta publicación no puede ser reproducida, total o parcialmente con ánimo de lucro, en ninguna forma ni por ningún medio, sin la autorización expresa para ello.

ÍNDICE

- PRESENTACIÓN 9
- INTRODUCCIÓN A LA CUARTA
EDICIÓN EN ESPAÑOL 13

EL RÍO EXPLORACIONES Y DESCUBRIMIENTOS EN LA SELVA AMAZÓNICA

- PREFACIO 27
- I. LA DESPEDIDA DE JUAN 33
- II. LAS MONTAÑAS DEL
HERMANO MAYOR 57
- III. EL CAMINO DEL
PEYOTE (1936) 115
- IV. LA CARNE DE LOS
DIOSES (1938-1939) 171
- V. EL HOTEL ROJO 221
- VI. EL NÉCTAR DEL JAGUAR 283
- VII. EL CIELO ES VERDE Y LA
SELVA, AZUL (1941-1942) 351
- VIII. LAS TRISTES LLANURAS
AMAZÓNICAS 433
- IX. ENTRE LOS WAORANIS 509

| | | | |
|---|-----|--|-----|
| ▪ X. LA SANGRE BLANCA DE LA SELVA (1943) | 553 | ▪ NOTAS SOBRE LAS FUENTES | 893 |
| ▪ XI. EL SUEÑO TRAICIONADO (1944-1954) | 609 | ▪ RECONOCIMIENTOS | 945 |
| ▪ XII. LA ORQUÍDEA AZUL (1947-1948) | 683 | ▪ GUÍA DE NOMBRES Y TÉRMINOS QUE APARECEN EN ESTE LIBRO | 951 |
| ▪ XIII. LA HOJA SAGRADA DE LA INMORTALIDAD | 751 | | |
| ▪ XIV. EL RÍO | 821 | | |

▪ PRESENTACIÓN

▪ UNA AVENTURA ETNOBOTÁNICA EN EL AMAZONAS

EL RÍO RECORRE LOS PASOS del famoso etnobotánico Richard Evans Schultes, cuando, como un explorador solitario, y siguiendo el camino del botánico del siglo XIX, Richard Spruce, emprendió la búsqueda de la sabiduría ancestral de los indígenas del Amazonas y de sus plantas psicotrópicas. Gracias en parte a sus viajes y a sus investigaciones, la etnobotánica se convirtió en una disciplina fundamental para el estudio de las plantas y su relación con las culturas. Schultes llegó a Colombia en 1941 y durante doce años investigó acerca del significado y el simbolismo que para las poblaciones indígenas del Amazonas y de la Sierra Nevada de Santa Marta tienen ciertas plantas, en especial la coca y el yagé.

Wade Davis le rinde en este libro un homenaje a quien fue su maestro y mentor en Harvard. ¿Qué mejor reconocimiento que hacer el mismo recorrido del maestro con uno de sus alumnos más brillantes, Tim Plowman, y años más

tarde escribir este libro imaginando lo que Schultes pensó y sintió durante su aventura etnobotánica? El libro comienza en una finca en las afueras de Medellín, desde donde Davis, aun joven estudiante, emprendió un viaje a la Sierra Nevada de Santa Marta, y termina con su experiencia en el Vaupés con el yagé. En la Sierra Nevada se encontró, por recomendación del maestro, con Plowman. Durante quince meses, entre 1974 y 1975, viajaron «inspirados por el espíritu de Schultes» por varias regiones del país aprendiendo sobre una de sus grandes pasiones: las plantas alucinógenas. Al igual que el de casi todos los viajeros de “lo exótico” o que el de personajes de novela, el recorrido de Davis es también un encuentro con él mismo. Quizás por su interés en ese tipo de plantas y por la época en que emprenden el viaje, el libro logra su mayor riqueza por la empatía que genera entre una generación que recorrió el país en busca de identidad y de aventuras antes de que la guerra lo hiciera imposible. Esos recuerdos sin duda producen nostalgia, la misma que les transmitimos a nuestros hijos y estudiantes, quienes hoy en día, afortunadamente, vuelven a recorrer el país. Así como Schultes siguió a Spruce, y Davis y Plowman siguieron a Schultes, hoy los nuevos viajeros siguen los pasos y las historias llenas de color y de exotismo que narra Davis. Esta vez con cámaras de cine que muestran el Amazonas, no sólo a los nostálgicos de los años setenta, sino a un mundo globalizado que se encanta con las historias de películas como *Apaporis* o *El Abrazo de la serpiente*, inspiradas por *El río*.

Es quizá el tono generacional del libro lo que convierte a la narración en un viaje acelerado en el que la adrenalina

aumenta en cada página. Es como ver una película, una *road movie*, pero navegando por el Amazonas, en la que las descripciones de Davis nos llevan, como en una montaña rusa, a un viaje fantástico al reino vegetal a través de imágenes que pasan a mil y que de pronto se detienen, ya sea para mirar una flor o para escribirle un poema de amor a una planta. Pero también a veces es capaz de desacelerar su paso para hablar de la historia de los grupos indígenas, de sus culturas, y de la vida en el río. El manejo que hace de tan diversos temas y de los tiempos del río, que convierten a la del Amazonas (y de paso a la de Schultes) en una historia mítica para una novela de la naturaleza y de la cultura, resalta la gran capacidad de Davis como investigador. El es antropólogo, etnobotánico, explorador y periodista, credenciales que quizás son las que le permiten darse el lujo de publicar un libro en el que a través de una narrativa a ratos sensacionalista, sin ningún temor a los adjetivos ni a los superlativos, llena de «momentos cruciales», «epifanías» y de «misterios» logra llevar a los lectores a un recorrido lleno de sorpresas. Sin duda hizo juiciosamente las lecturas y las entrevistas que le ayudaron a entender el pasado de las regiones y de las comunidades del Amazonas: leyó a los cronistas, a los viajeros, a algunos antropólogos y botánicos, así como a los historiadores. Pero, sobre todo, tuvo la suerte de tener acceso a los archivos de Schultes, tanto a los personales como a los documentos del Museo de Harvard.

Davis es un buen escritor, con una capacidad enorme de manejar en un solo libro varios géneros literarios. Por momentos no es claro si es una novela, un libro académico,

una biografía, una narración periodística o una historia de aventuras de viajeros. Esto seguramente es lo que ha hecho que el libro sea un *best seller*, ya que logra satisfacer el gusto de la mayoría de lectores. Con su prosa poderosa construye una aventura en la que hay un héroe, Schultes, un paraíso que podría perderse, el Amazonas, y dos jóvenes viajeros con un amor sincero por la botánica, Davis y Plowman. Por si fuera poco, hay también una historia de amor. Pero no una cualquiera: es una historia de amor por las plantas. Con declaraciones que, si bien son bastante floridas, logran también ser sinceramente conmovedoras.

Mucha agua ha corrido desde que el libro de Wade Davis fue traducido (de manera excelente) al español en 2001. En poco tiempo su legión de admiradores creció como la corriente del río Amazonas que él describe. Ambientalistas, documentalistas, cineastas, viajeros y hasta el presidente de la República, quien le otorgó la nacionalidad colombiana en 2018, se han dejado seducir por un libro que sin duda lo merece. De la misma manera en que Davis se merece el reconocimiento de haberles mostrado su percepción del Amazonas y de Schultes a lectores nostálgicos y a una nueva generación en busca de paraísos por salvar.

CLAUDIA STEINER

Esta presentación toma algunas partes de la amplia reseña escrita en 2002. Ver:

Steiner, Claudia. «Un thriller etnobotánico». Artículo reseña del libro *El río* de Wade Davis. En: *El Malpensante*, n.º 40. Agosto, 2002

▪ VI. EL NÉCTAR DEL JAGUAR

TIM ERA DE LOS QUE NUNCA aceleran una situación agradable, y por eso estábamos a finales de la tarde de un domingo en el páramo de San Antonio, masticando coca y mirando cómo deshacía el viento las nubes sobre el valle de Sibundoy. Habíamos llegado a Pasto, la capital del departamento de Nariño y el centro comercial del extremo sur de Colombia, a eso del mediodía. La ciudad estaba anormalmente tranquila. La decisión del Gobierno de doblar el precio de la gasolina había causado una huelga general, y una manifestación el día anterior había terminado en forma violenta. Todavía humeaban las carrocerías consumidas por el fuego de automóviles y camiones a lo largo de la principal vía de acceso al centro de la ciudad, y de las ramas de los árboles en la plaza colgaban restos de pancartas. Había un tanque estacionado al pie de las escaleras de la vieja iglesia y patrullas militares en todos los cruces principales. Hacía un tiempo frío y húmedo. Las pocas personas que se habían arriesgado a salir a la calle arrastraban los pies, la cabeza metida entre los hombros contra el viento,

las caras ocultas bajo las ruanas y los sombreros anchos de fieltro. Todo era gris: la gente, las casas de piedra, las calles oscuras y relucientes, las nubes que se deslizaban por las faldas del volcán Galeras y sofocaban la ciudad. El mercado estaba desierto, y fue por pura suerte como encontramos una tienda bien surtida en la salida a Sibundoy. Mientras Pogo vigilaba la camioneta compramos provisiones, periódicos viejos y alcohol, pan y fruta fresca, cigarrillos para el viejo amigo de Tim, Pedro Juajibioy, y una docena de botellas de aguardiente para los curanderos de Sibundoy y del alto Putumayo. Al alejarnos de la ciudad pasamos por un campo pequeño donde una joven india, echada sobre la hierba húmeda, chupaba la ubre de una vaca.

La carretera a Sibundoy trepaba entre ricas tierras de cultivo hasta una altura cubierta de niebla y luego descendía a un valle donde centelleaba la Laguna de la Cocha, fuente del río Guamués, un afluente del Putumayo. La carretera volvía a ascender, después de bordear el lado norte del lago, hasta el Páramo de San Antonio. Nos detuvimos allí. Aunque la llovizna que nos había acompañado desde Pasto se había convertido en un aguacero, Tim insistió en que era un momento ideal para una exploración botánica.

—A veces hay una precipitación hasta de 7.500 milímetros —dijo al salir ambos de la camioneta y empezar a caminar pesadamente—. Es uno de los sitios más húmedos del mundo.

—¿Así que tengo que acostumbrarme a esto?

—¡Willy, tú eres de Vancouver!

En realidad, estaba encantado de caminar. La coca me había entumecido la garganta y la boca, produciendo un calor agradable, una placentera mezcla de bienestar físico y de agudeza mental que por momentos parecía la más agradable de todas las sensaciones. La lluvia caía en grandes ráfagas, doblando los altos y delgados frailejones. Los campesinos del lugar habían quemado el páramo, matando docenas de plantas y ennegreciendo los tallos de las que habían sobrevivido. Bajo la niebla parecían sombras desplazándose al vaivén del viento. Envuelto en una ruana oscura sobre la chaqueta de pana, de *jeans* desteñidos y botas altas de cuero, Tim se movía entre las plantas cortando una o dos muestras de cada una.

—Esta es la que toma el apellido de Schultes —dijo entregándome una de sus hojas plateadas—. La *Speletia schultesiana*. La encontró en diciembre de 1941, durante su primer viaje.

—¿Y eso qué es? —le pregunté.

—Cien ejemplares de una nueva especie. Es lo mejor que se puede hacer: cien muestras de una planta desconocida enviadas a herbarios de todo el mundo. No has oído hablar de esto porque ya nadie lo hace. Es algo demasiado complicado.

—¿Cómo supo que era una especie nueva?

—No sabía. Era sólo la segunda vez que había visto frailejones. Pero había estado en los páramos cercanos a Bogotá con José Cuatrecasas, un español que había huido de la España de Franco y que se había establecido en Colombia. Era el mayor experto en la flora de los Andes

y uno de los pocos botánicos que estaban en el mismo nivel de Schultes. Se extraviaron un tiempo y se quedaron dormidos en una caverna, o lo que Schultes pensó que era una caverna. Sin embargo, resultó ser una mina de carbón abandonada, y se levantaron negros como la noche, cubiertos de polvo, de carbón y de barro. Había un americano con ellos, que se puso furioso. Schultes, simplemente, se rio del asunto.

—¿Pero que pasó con la *Speletia*?

—El experto era Cuatrecasas, que nunca había venido a Sibundoy. Schultes conjeturó con razón que ningún botánico la había visto. Nadie, por lo menos, la había recogido. Por eso Cuatrecasas le dio el nombre de Schultes.

—Fácil.

—El país estaba abierto de par en par.

Sonreí asombrado. En Norteamérica y en Europa las plantas se conocen tan bien, que el descubrimiento de una nueva especie marca el punto culminante de la carrera de un botánico. Schultes encontró trescientas. Docenas de plantas llevan su nombre. También algunos géneros. Los sombreros «panamá», que en realidad se hacen en Ecuador, se tejen con fibras de la *Schultesiophytum palmata*. El *Schultesianthus* es un género de belladonas. El *Marasmius schultesii* es un hongo que los indios taiwanos usan para curar las infecciones del oído. Los makunas emplean la *Justicia schultesii* para las llagas, la *Hiraea schultesii* para la conjuntivitis y la *Pourouma schultesii* para las úlceras y las heridas. Los karijonas alivian la tos y las infecciones de los pulmones con una infusión de tallos y hojas de la

Piper schultesii. La lista sigue. Hubo tantos botánicos que quisieron nombrar plantas por él que se les acabaron las formas de usar su nombre y tuvieron que usar sus iniciales. En un peñasco del Vaupés encontró una planta muy rara y bella, un nuevo género de la violeta africana. Ya habían usado *Schultesia*, así que el especialista la bautizó *Resia*, por Richard Evans Schultes, quien tomaba todo esto con cierta indiferencia.

La única criatura con su nombre que mencionaba con frecuencia era un modesto insecto que le daba pie para contar una de sus historias favoritas. No le gustaba viajar con grandes expediciones científicas, pero en 1967 remontó el río Negro en Brasil con una docena de entomólogos entre los que había un experto de fama mundial en cucarachas, un tipo que trabajaba para el Ejército de los Estados Unidos. El río estaba crecido como no lo había estado en veinticinco años. Caminar en las riberas era imposible. La expedición se hallaba equipada con cinco motores fuera de borda, aunque sólo uno funcionaba. Los entomólogos se enfrentaban como perros y gatos. El hombre de las cucarachas, un neoyorquino que nunca había estado fuera de la ciudad, había remontado todo el Amazonas sin ver un solo ejemplar. Se estaba volviendo loco en el barco, así que Schultes consiguió una piragua y contrató un indio para que los llevara por el bosque inundado. Schultes no distingue entre un escarabajo y un murciélago, pero conoce la selva y no le costó mayor trabajo identificar unos nidos de oropéndolas que colgaban de las ramas de un árbol. Se dio vuelta y preguntó: «¿Será que a sus malditas cucarachas

no les encanta toda esta mierda de pájaro en esos nidos?». Los nidos, resultó, estaban llenos de algunas de las cucarachas más grandes jamás vistas. Cada especie de oropéndola tenía una especie distinta de cucaracha viviendo en sus nidos. Había tres géneros nuevos, y el especialista estaba tan feliz que bautizó uno *Schultesia*. Era un bicho horrible, pero durante años Schultes tuvo su foto en la cartera.

Para el momento en que Tim y yo llenamos nuestras bolsas de muestras de frailejones, había dejado de llover y el viento soplaba más duro, levantando la niebla del páramo. A cientos de metros a nuestros pies surgió Sibundoy de entre las nubes, un bello y extraño mundo escondido en medio de las montañas. El fondo del valle era verde esmeralda, frondoso y fértil, y, vistos desde lejos, los pueblos y caseríos en las faldas de las montañas parecían frágiles y de juguete. Todo el valle tiene una extensión de unos ciento sesenta kilómetros cuadrados y se podía ver en un instante que, de no haber sido por un azar de la geografía, el sitio todavía sería un lago. El lecho es casi perfectamente plano, la superficie disturbada apenas por el brillo de invisibles arroyos y de los muchos riachuelos que riegan la cuenca. Al norte y al este, los ríos San Pedro y San Francisco hacen cortes profundos en las montañas, extendiendo las tierras del fondo. Otros ríos corren desde el oeste y el sur, para unirse en un lago poco profundo rodeado de un terreno cenagoso y de una maraña de vegetación, restos del bosque que alguna vez cubrió el valle. Del cenagal sale un río pequeño, ni siquiera un riachuelo, que atraviesa la planicie y luego se precipita por un abrupto paso en la esquina

sudeste del valle. Es la cabecera del río Putumayo. La humedad que nos mojó los pies en el páramo, las nubes que se deshicieron sobre el valle hacia el sur, el velo de lluvia que ocultó las altas cumbres de las montañas en torno, se unirían a la larga con decenas de miles de estrechos arroyos que caerían de los Andes, corriendo hacia el Amazonas.

La carretera llegaba al valle por el pueblo de Santiago y luego cogía hacia el norte por Colón y San Pedro antes de seguir hasta Sibundoy, la mayor de las cuatro poblaciones. Santiago era centro de los ingas, una tribu de habla quechua que según algunos descende de los incas. De ser esto cierto, tanto ellos como sus cercanos parientes, los inganos de las tierras bajas adyacentes, habrían llegado al valle en tiempos relativamente recientes. Hipótesis más probable, dado que los incas nunca controlaron por completo el sur de Colombia, sería que el pueblo que se convirtió en los ingas e inganos fue obligado a hablar el quechua por los misioneros españoles, quienes lo usaron como lengua franca. Los kamsás, con una cultura aislada y una lengua sin relación con ninguna otra, comparten el valle con los ingas y viven en la mitad norte, en torno a Sibundoy. Los kamsás sostienen que sus antepasados nacieron en el valle y que esa tierra siempre ha sido suya.

—Es curioso —anotó Tim al entrar en las calles empedradas de Santiago—. Los kamsás hablan el inga, pero ninguno de los ingas habla kamsá. Y todos los nombres de las plantas aquí y en las tierras bajas son en inga.

—¿No hace eso pensar que los españoles les impusieron la lengua?

—Probablemente, aunque no creo que los ingas estuvieran aquí. Mira esos campos.

Contemplé el valle. Era increíblemente rico, de tierra volcánica, oscura y húmeda. Había maizales por todas partes, más altos que los caballos y mulas que pastaban cerca de la carretera. Un poco más allá de una casita con techo de paja, una hilera de hombres y mujeres estaba sembrando en un campo despejado con unos primitivos palos para cavar. Las mujeres vestían blusas rojas y faldas negras, fajas en la cintura de vivos colores y brillantes pañolones de lana. Se ataban el pelo negro y largo con cintas en la nuca. Varias portaban niños envueltos en los pañolones. Los hombres vestían unos ponchos blancos decorados con rayas negras verticales. Tanto los hombres como las mujeres trabajaban descalzos y del cuello les colgaban pesados collares de cuentas verdes y blancas.

—¿Qué notas en ellos?

—Están sembrando maíz.

—Exacto —dijo Tim—. Esta tierra y el clima son perfectos para las papas, pero ellos viven del maíz y los frijoles. Si los incas hubieran estado aquí, estarían sembrando papas y mascando coca.

—¿No hay coca?

—Al menos no por ahora. Puede haber en las tierras bajas, pero eso es lo que vamos a averiguar.

—¿Y se llevan bien las tribus?

—Tienen que llevarse bien, ya que su forma de vida es igual. Pequeños terrenos, y todo el mundo tratando de salir adelante. Hace cien años sólo había cien colonos en

el valle. Ahora hay más mestizos que indios. Los kamsás y los ingas sólo poseen el veinte por ciento del valle; del resto de la tierra los despojaron.

—¿Y Pedro?

—Él es kamsá. Schultes conoció a su familia en 1941. Para entonces el valle era de los capuchinos. Pedro estudió en su escuela, y se convirtió en católico devoto. Lo nombraron monaguillo. Iba a la iglesia dos veces al día y tal vez se hubiera hecho sacerdote si los indios hubieran sido bien acogidos. Luego se presentó Schultes. Al padre de Pedro le preocupaba la malaria, pero dejó que Schultes se llevara a su hijo a tierras bajas hasta Mocoa. Allí empezaron a interesarle las plantas. Ahora es botánico. Ha trabajado con todo el mundo, con los estudiantes de Schultes, con todos los que han venido a Colombia. Tiene los pies bien plantados en ambos mundos. Su sueño es construir un herbario en Sibundoy. Ya tiene un jardín con plantas medicinales, todas identificadas con sus nombres científicos. Entre los kamsás tiene fama de ser un curandero casero, un experto en el tratamiento de las enfermedades comunes. Hasta ha estudiado con los chamanes de las tierras bajas.

—¿Puede hacer yagé?

—Puede, pero no quiere. Esa es la esfera de los hechiceros, de los que han dominado las visiones. Sólo ellos pueden ejercer la brujería. Pedro no se atrevería.

—¿Pero usa el yagé?

—Sí, claro.

*

Pedro Juajibioy vivía con su familia en una casita de una calle secundaria de Sibundoy, no lejos de la enorme iglesia y del seminario que dominan el pueblo. Era tarde, bastante después del atardecer, cuando golpeamos en su puerta.

—¿Quién es?

—¡Don Pedro! Timoteo, a sus órdenes.

—¿Timoteo Plowman? —preguntó con voz recelosa.

—Sí, sí, estamos aquí.

Se oyó otra voz dentro de la casa, la de una niña que chillaba, y al abrirse la puerta apareció un hombre de baja estatura con sendas velas en las manos. Dos niñas adolescentes saltaban a sus espaldas. De las sombras surgió una mujer madura, que supuse era la esposa de Pedro. Cuando vio a Tim, levantó los brazos en ademán de sorpresa. Las jóvenes corrieron pasando a su lado y abrazaron a Tim. Tenían puestas unas blusas de algodón con cuellos bordados. Ambas eran muy bonitas, y en la boca de la menor había un brillo dorado. Todos repetían «Dios mío» una y otra vez; no así Pedro, que sonriente examinaba a Tim de arriba abajo con sus velas. Finalmente una sonrisa abierta:

—Pues —dijo caluroso—, por fin el botánico loco vuelve.

Tim y Pedro se abrazaron y se dieron palmadas en la espalda durante cinco minutos. Yo saludé dos veces con la mano a todo el mundo, y antes de que terminara la bienvenida habíamos despertado a la mitad de los vecinos. Para entonces la esposa de Pedro ya había puesto comida en la mesa: canastillas con mazorcas asadas, una humeante olla grande con sopa y varios frascos con chicha, una bebida

efervescente que se hace masticando maíz o yuca, escupiéndolos luego en una cuba con agua y esperando hasta que el proceso de fermentación la convierta en una deliciosa y espumosa bebida. Las enzimas de la saliva convierten la fécula en azúcar, y levaduras en el aire transforman en alcohol el azúcar. Generalmente hacen la chicha en la mañana, a sabiendas de que la fermentación continuará durante todo el día y de que hacia el atardecer ya tendrá la potencia deseada. La fórmula de Pedro era muy fuerte, y después de que nos tomamos cada uno dos totumadas grandes, Tim insistió en que destapáramos una botella de aguardiente.

—No hay para qué arriesgarnos a un guayabo —explicó mientras nos servía generosos tragos de un licor barato con sabor a anís—. Pedro, tómese un traguito.

—Por don Guillermo —dijo Pedro, brindando conmigo—. Salud, paz, amor y amistad.

Terminada la ceremonia me preguntó cómo había hecho para conectarme con un lunático. Tim dijo algo parecido en respuesta y por un tiempo siguieron tomándose el pelo: hablaban de su viaje por el río Guamués, de quién había tenido la culpa del error en las dosis, de por qué no habían vuelto para matar al chamán, de qué plantas habían producido nuevas drogas. Tim le preguntó a Pedro por la familia, Pedro le preguntó por Schultes. Y mientras Tim lo ponía al día, el otro puntuaba cada nuevo trozo de información exclamando en voz baja:

—¡Ese sí era un hombre!

Era difícil adivinar la edad de Pedro. La humedad y el frío habían moldeado su cuerpo, el humo había perfumado

su cara. La piel sin marcas, la luz y el calor de los ojos y el matiz gris del pelo le daban aspecto de ser un joven prematuramente viejo o un viejo notablemente bien conservado. Olía a lluvia, humo y sudor.

—Bueno, mis amigos —dijo mientras Tim se acababa la botella—. ¿A dónde vamos a ir?

—A Mocoa —le respondió Tim.

—El camino a la muerte —contestó Pedro—. No va a ser nada bueno. Ha llovido mucho.

—¿El camino a la muerte? —pregunté mirando a Tim.

—Así es como le dicen al camino por la cordillera hacia el llano.

Es uno de los caminos más peligrosos del país.

—Magnífico.

—No va a ser como te lo imaginas.

—¿Qué quieres decir?

—Ya verás.

*

Las campanas de la iglesia me despertaron antes del amanecer. Le ordené a Pogo que se retirara de mi almohada. No se mosqueó. Me salí como pude del saco de dormir, fui a la cocina dando tumbos, y me las arreglé para beber una espumosa infusión de hierbas que la esposa de Pedro tenía lista para mí junto al fogón. Había otros dos vasos en la mesa, ambos llenos.

—*What is it?* —le pregunté en inglés, asombrado de que hubiera podido decir algo en algún idioma. Fue sólo

con un tremendo poder de voluntad que repetí la pregunta en español.

—Don Guillermo tiene un ratón —dijo ella riéndose, sin ni siquiera un tris de simpatía en su voz—. Y usted sufre de guayabo, así que tómesela.

La infusión no tenía nada que ver con los jaguares. Era repollo machacado y mezclado con vitaminas, chile y un poco de ron. Me tomé los tres vasos y, con una cobija sobre los hombros, me senté junto al fuego y me volví a quedar dormido. Una o dos horas después Pogo me mordió los pies. No había nadie por ahí. Salí al patio, me eché un baldado de agua sobre la cabeza, me vestí y me fui en busca de un café.

Tal vez tontamente había pensado que Sibundoy era una tierra perdida en el tiempo y de alguna manera milagrosamente preservada; tan fuerte era la imagen que tenía del lugar. Más que ningún otro sitio en América del Sur, Sibundoy me hacía pensar en Schultes. El pueblo mismo no era decepcionante. Seguía siendo una aldea y, con la excepción de la luz eléctrica en las calles, probablemente muy parecida a lo que había sido en sus días. El poco comercio local —tienditas y unas pocas «residencias», una estación de gasolina, varios talleres de mecánica y una cooperativa indígena que vendía artesanías— se extendía a lo largo de la carretera a Mocoa. La plaza estaba a pocas cuadras de donde terminaba la reja de calles enlodadas. La gente aún vivía en casas de adobe o de tablas, algunas con techos de lata, otras entejadas. Cada casa tenía un solar donde pastaban vacas en medio de pequeños cultivos de

maíz. Como en la mayor parte de las poblaciones andinas, no había separación alguna entre el pueblo y los campos y las montañas en torno.

Pero al caminar por las calles sentí la decepción que invariablemente se presenta cuando se enfrenta uno a un lugar que no puede llenar nuestras expectativas. Como todos los estudiantes de Schultes, tenía mi propia memoria de Sibundoy, sacada de sus historias y, sobre todo, de las fotos en blanco y negro que adornaban las paredes de su oficina en Harvard. Schultes era un fotógrafo ingenioso. La belleza era para él la imagen de algo bello. Sin embargo, usaba su Rolleiflex con pericia y abordaba la fotografía con la misma atención que prestaba a los detalles en su trabajo con las plantas. Sus fotos tienen una virtud etérea y eterna, sobre todo las que tomó en su primera expedición a Sibundoy y al Putumayo. Su favorita era el retrato de un muchacho kamsá que sostiene en las manos un capullo entre las hojas de un árbol conocido como el intoxicante del jaguar. Viste un poncho blanco de lana con anchas rayas. Tiene la piel suave, sin manchas, y el pelo negro y grueso cortado como con una totuma. Su único adorno es un abultado montón de collares de cuentas de vidrio blancas y oscuras. Su expresión es completamente natural. No le tiene miedo a la cámara ni le concierne su desaprobación. Tiene la frescura y la calma del modelo que nunca se ha visto en una fotografía. Aunque no es ni sentimental ni condescendiente, hay emoción en la foto. Es como si al tomarla, al congelar ese momento en la vida del muchacho, Schultes hubiera dado testimonio de la vulnerabilidad y

mortalidad del muchacho, y también rendido cuenta del implacable desgaste del tiempo.

Al llegar a la plaza me di cuenta de que en cierto sentido estaba buscando a ese muchacho, así como sus otras fotos del sitio: las niñas kamsás bailando en un carnaval, hechiceros con coronas de flores y collares de dientes de jaguar, niños de escuela descalzos que escriben sus primeras letras bajo la mirada de un sacerdote diligente. Naturalmente, no encontré ninguna. Las casas permanecían y los sacerdotes todavía llevaban sotanas negras, pero las caras en la plaza habían cambiado. Las mujeres mayores que salían de la iglesia, los trabajadores que reparaban las paredes del monasterio, las niñas de escuela con delantales negros, todos eran mestizos. Sibundoy era ahora un pueblo indígena sin indios.

—¡Don Guillermo! —oí que alguien decía. Me di vuelta y vi a Pedro, que cruzaba la plaza. Tenía puesto un poncho y en la mano traía un ramito de azucenas.

—Buenos días, Pedro.

—¿Cómo está, don Guillermo? ¿Qué hace?

—Paseando no más.

Un cura pasó a nuestro lado. Pedro lo saludó. El sacerdote asintió con la cabeza.

—Cuando yo era niño —dijo Pedro sonriendo—, se reían de nosotros por nuestras *cusmas*. Decían que eran vestidos de mujer. Ellos, con esas sotanas, nos decían mujeres, por lo que nos poníamos. Decían que nuestra lengua era *coche*, lengua de cerdos.

Me tomó del brazo y me llevó más allá de la iglesia, al cementerio. Las tumbas cercanas a la iglesia tenían lápidas

ornamentadas de ladrillo y pañete con flores de plástico de adorno y fotos en colores de los difuntos. Los apellidos eran españoles. Al otro lado del cementerio había tumbas sin marcar, túmulos de tierra recién removida y unas pocas cruces de madera casi podrida con apellidos como Chindoy y Juajibioy débilmente grabados en ellas.

—Los cementerios siempre dicen la verdad —anotó Pedro—. Por cada niño suyo que muere, mueren cuatro de los nuestros. La Iglesia es propietaria de la tierra y del ganado. El queso y la mantequilla los mandan a Pasto, mientras nuestros niños sufren de hambre. El Gobierno paga las escuelas, pero los obispos deciden cómo gastar el dinero. Todo el mundo debe ir a la escuela, pero ellos ponen las reglas. Los niños deben tener zapatos, libros y uniformes. ¿Quién puede comprar esas cosas?

Se detuvo frente a una tumba pequeña. Se arrodilló, colocó las azucenas en la tierra, dijo en susurros una oración y se persignó. Cuando terminó le pregunté si alguna vez había querido ser sacerdote.

—Sí, yo era creyente —respondió. Al salir del cementerio, se detuvo por un momento en la puerta—. De lo que los curas no se dan cuenta —me dijo—, es de que tenemos muchas vidas, y de que sólo una de ellas nos la puede quitar la muerte.

*

Esa tarde, Pedro supo que uno de sus parientes que vivían en Pasto había sido herido en un accidente. La ciudad

quedaba a tres horas, así que Tim y Pedro se fueron inmediatamente en el camión. Yo me quedé con Pogo y pasé el resto del día y todo el siguiente en los archivos de la iglesia, revisando viejos libros y fotos para tratar de entender la historia que sin duda había hecho de Pedro un hombre cansado y cauteloso. Al principio, los sacerdotes se mostraron desconfiados, pero al comprender que yo era estudiante de Schultes y que este había sido huésped de Gaspar de Pinell, un personaje importantísimo en los primeros días de la misión, se volvieron amables y comunicativos. Me invitaron a sentarme en un escritorio grande que había en un cuarto bien iluminado en una esquina del monasterio. Era de gruesas paredes de adobe blanqueadas con cal, y el piso de tablas aserradas de diferente anchura, pulidas y enceradas a mano. Los dinteles de piedra de las puertas, las barandas torneadas del patio y las gruesas paredes que acumulaban frío y humedad le daban un aire medieval a un edificio que no tenía un siglo de existencia. Para comprender a Sibundoy y el impacto de la Iglesia en los indios, hay que empezar con la Conquista y con una leyenda que indujo y llevó a la muerte a centenares de españoles.

A principios de 1541 llegó noticia a Bogotá de que Gonzalo Pizarro había partido de Quito en una desafortunada expedición que resultaría en el épico viaje de Francisco de Orellana por el Amazonas. Pizarro se había propuesto encontrar la mítica tierra de El Dorado. Para llevarse el premio antes que Pizarro, Hernán Pérez de Quesada, hermano del fundador de Bogotá, reclutó a doscientos sesenta españoles y en septiembre partió hacia

oriente con doscientos caballos y seis mil hombres, mujeres y niños muiscas. La expedición cruzó las montañas heladas que dominan Bogotá, llegó a los Llanos y prosiguió luego hacia el sur siguiendo las estribaciones de los Andes. Para encontrar el camino, Pérez de Quesada dependía de las confesiones de los indios torturados.

Era hombre de notoria crueldad. Cuando no le daban oro saqueaba las aldeas, mataba a los hombres, les hacía cortar los senos a las mujeres y las narices y las orejas a los niños. Su tropa violaba y pervertía por doquier. Al notar que los indios no temían que los colgaran, dio instrucciones a sus hombres para que los empalaran, insertando una estaca entre las piernas y haciendo que penetrara hasta la cabeza. Entre otras de sus atrocidades probadas estaban el colgar a los cautivos sobre hogueras, el quemarlos vivos en aceite hirviendo, el asesinato de recién nacidos para que sus madres pudieran llevar cargas más pesadas y el hacer que perros de caza destriparan a los niños. Y así, de esta manera, se internó más y más en lo desconocido.

Al llegar al río Guaviare, los españoles encontraron por primera vez las selvas amazónicas. Vacilaron, pero se lanzaron adelante. Tuvieron que comer raíces y los indios del altiplano murieron por decenas. Tras enviar destacamentos en todas las direcciones, la expedición se desvió hacia el oeste cruzando el alto Caquetá, y llegó al valle de Mocoa. La resistencia de los nativos aumentó. En una ocasión cinco españoles fueron capturados y descuartizados en presencia del resto. Pérez de Quesada pensó que ello era una buena señal, prueba de que los indios estaban

defendiendo el acceso a El Dorado. Se regó el rumor de la existencia de una tierra riquísima llamada Achibichi, perdida más allá de las nubes y el horizonte. Seguros de que ese era su destino, los españoles continuaron adelante y treparon por las faldas de las montañas, abriéndose camino a cuchillazos por el bosque húmedo. Finalmente llegaron a su meta. Era Sibundoy, donde no había oro y, para empeorar las cosas, ya había españoles en el valle, dos soldados que había dejado atrás Sebastián de Benalcázar, fundador de Pasto y mayor rival de Pérez de Quesada. La mitad de los caballos y la tercera parte de los españoles habían muerto. Llevar la abigarrada banda hasta Sibundoy les había costado la vida de los seis mil muiscas.

Menos de cuatro años después de aquel desastre, los franciscanos con sede en Quito establecieron una misión en Sibundoy. Su labor produjo variados resultados. Los indios convertidos demostraron ser útiles para esclavizar a las tribus de las tierras bajas y para llevarlas a las minas. Los intentos por librar el valle de las antiguas creencias, sin embargo, no fueron tan exitosos. Más de un siglo después de la llegada de los misioneros, el obispo franciscano Peña Montenegro, frustrado por la persistencia de las creencias tradicionales, anotó que «esa mala semilla ha echado raíces tan profundas en los indios que parece haberse convertido en su misma carne y sangre, hasta el punto de que los descendientes la adquirieron de sus padres, heredada en su sangre y grabada en sus almas». Aunque los sacerdotes proscribieron las danzas y las ceremonias e hicieron todo lo posible por descubrir y destruir sus elementos rituales, los

tambores y las cabezas de venado, las plumas y otros «instrumentos del diablo», el poder de los chamanes siguió siendo el principal obstáculo para la difusión del Evangelio. Estos «brujos», escribió el obispo, «se resisten con fervor diabólico de manera que la luz de la verdad no desacredite sus artes ficticias. La experiencia nos enseña que tratar de subyugarlos es como tratar de subyugar al jaguar».

Los chamanes prevalecieron. Los franciscanos fueron expulsados de Colombia en 1767, y durante más de un siglo los indios de Sibundoy y del Putumayo tuvieron un contacto muy limitado con el mundo exterior. En las tierras bajas, el modesto comercio de Mocoa en productos de la selva —cueros y marfil vegetal, gomas y resinas, plantas medicinales, gutapercha de balata, corteza de cinchona, miel de abejas, tintes y laca—, se trasladó a Pasto. Pero el impacto de la Iglesia fue mínimo. Entre 1848 y 1899 no residió ningún sacerdote en el valle de Sibundoy.

El interés por la región creció considerablemente en las décadas de 1860 y 1870, cuando la demanda inglesa de corteza de quina para tratar a los soldados enfermos de malaria en la India desencadenó un auge económico de la quina que fue sólo el anticipo de lo que vendría al final del siglo con la comercialización del caucho. Por primera vez, las selvas del Putumayo y las fronteras inexploradas de Colombia, Ecuador, Perú y Brasil se volvieron tema de preocupación nacional. En 1893, por invitación del obispo de Pasto, los capuchinos hicieron una visita de un año a Mocoa. Volvieron para quedarse en 1896. En 1900 el Gobierno de Colombia les concedió completo y total

control de la Amazonía colombiana. Su encargo era evangelizar a los nativos; su propósito, afirmar su presencia y asegurar los intereses económicos y políticos de la nación. Los capuchinos escogieron a Sibundoy como sede administrativa y espiritual, y durante los siguientes cuarenta años dirigieron una teocracia colonial como no la había visto América desde el apogeo de los jesuitas. Su poder era absoluto. Hacia 1900 la mayor parte de los bienes transportados por la Cordillera Portechuelo desde la llanura amazónica y hacia ella fue llevada a espaldas de los indios, que también cargaban a los misioneros. A los portadores indígenas especializados en el transporte de personas les decían «silleros». Llevaban cargas de hasta doscientas cincuenta libras, vivían máximo cuarenta años y debían someterse a ser espoleados en las costillas durante los penosos viajes por las montañas. En un sermón pronunciado en Bogotá, el padre capuchino Carrasquilla describió la indignidad de someterse a la muerte y a la naturaleza sobre las espaldas de un indio: «Recorrer la trocha entre la capital de Nariño y la residencia de los capuchinos en el Putumayo me llevó toda una semana, portado en las espaldas de un indio que se arrastraba en manos y pies sobre aterradores riscos en los bordes de vertiginosos abismos, y descendiendo por precipicios como los pintados por Dante en su descenso al infierno».

La construcción de la carretera empezó en 1909. Los indios hicieron el trabajo sin paga y fueron forzados por la ley a someterse a los sacerdotes. Los que desafiaban los edictos de la misión eran puestos en la picota o azotados. En

tres años abrieron difícilmente una estrecha trocha, poco más que un camino de herradura, hasta Mocoa. Durante los veinte años siguientes, a los tropezones, hicieron penetrar el camino en el Putumayo. La promesa de tierra gratis, junto con la atracción de un modesto hallazgo de oro en Umbría, el centro de la navegación en canoa del Putumayo, fueron causa de una considerable colonización. En 1906 sólo había dos mil colonos blancos en toda la Amazonía colombiana. En 1938 había treinta mil sólo en Putumayo. A la vanguardia de la afluencia estaban los misioneros capuchinos. Para 1927 habían construido veintinueve iglesias, sesenta y dos escuelas y veintinueve cementerios. Su estrategia para convertir a los nativos iba desde una fría lógica hasta lo más ridículo. Primero se aliaron con los traficantes de caucho colombianos. A cambio del permiso de «conquistar» a los indios y emplearlos como caucheros, los explotadores del caucho se comprometieron a enseñarles a los padres cómo perseguir y atrapar a los indios. Dondequiera iban, los capuchinos reunían a los indios en pequeños poblados dominados por una iglesia y una escuela misionera. Arrancaban a los niños de los brazos de sus padres, los separaban por sexo, los vestían con ropa blanca y les prohibían hablar en su propia lengua. En la excursión evangélica más famosa, Gaspar de Pinell viajó por más de un año en la década de 1920 entre las «tribus salvajes». Con su hábito de paño oscuro, atado a la cintura con un cordón, y portando una gran pintura de la Pastora Divina, la bienamada madre y santa patrona de los capuchinos, el padre Gaspar recorrió una a una las aldeas

usando exorcismos, provistos por el papa León XIII para desalojar a los demonios que se suponía habitaban en los indios desde el principio de los tiempos.

Fue resultado de estos esfuerzos como la civilización llegó al Putumayo. Como lo expresaba un artículo de un periódico de Pasto de la época, «de que el Caquetá ya no sea asilo de las bestias salvajes y de pueblos medio animales... de que la luz haya penetrado en esos cerebros sin cultura, no son responsables los indios... Todo esto se debe a la fecunda labor de los misioneros, con su asidua y constante abnegación». El Ejército colombiano tomó nota de las valerosas hazañas de los sacerdotes españoles. «En tanto que antes solían huir a la selva como animales salvajes cuando veían a un civilizado, hay ahora allí elementos de la ciencia. Escuchar a los indiecitos de la selva entonando los himnos del Creador y el himno nacional es muy emocionante. Los misioneros elevan su alma a la inmortalidad. Les enseñan cómo conocer y adorar a Dios, así como a la patria».

La fusión entre la Iglesia y el Estado tuvo rápidos dividendos. En 1928, por un tratado internacional, Colombia obtuvo soberanía sobre el Caquetá y la ribera norte del Putumayo. Cuatro años después tropas peruanas, enardecidas por las estipulaciones del tratado, atacaron Leticia, único puerto colombiano sobre el Amazonas. Estalló la guerra, y las tropas colombianas avanzaron por el camino que los capuchinos habían construido en el Putumayo, con el barro hasta la cintura. En Puerto Asís fueron alojadas por los padres antes de embarcarse en las lanchas cañoneras que los llevaron río Putumayo abajo.

La guerra duró poco más de un año, con pocas bajas; muchos más soldados sucumbieron por las enfermedades que bajo el fuego enemigo. Para cuando acabó, los puestos misioneros se habían convertido en guarniciones y la presencia colombiana se estableció firmemente. Había lanchas cañoneras en Puerto Ospina, en la desembocadura del San Miguel, una base naval en el bajo Putumayo, en Puerto Leguízamo, en la boca del Cauca, y una guarnición militar en Tarapacá, justo en la frontera con Brasil. Bien protegido su flanco sur, los capuchinos quedaron libres para consolidar su dominio sobre un territorio ocho veces mayor que el de Suiza.

*

Después de que Tim y Pedro volvieron de Pasto y antes de que los tres partiéramos para Mocoa, pasamos varios días vagando por el valle. No teníamos ningún propósito en particular. La flora había sido bien estudiada por Schultes y por su amigo Hernando García Barriga, un botánico colombiano que en la década de 1930 había recorrido a caballo todo el camino desde Popayán hasta Sibundoy. Mel Bristol, un estudiante de posgrado de Schultes que vivió un año en el valle en 1962, estudió la etnobotánica de los kamsás. Tommie Lockwood, otro estudiante de Schultes que murió después en México en una exploración botánica, trabajó en la compleja biología de los borracheros, la *Datura arborea*. Tim sabía que las plantas, las orquídeas y bromeliáceas, los pastos y las mentas, los bosques